

El geo-logos de los países andinos: la geografía en la literatura

Por Igor ORZHITSKIY

Academia Popular Ucraniana, Tárkiv, Ucrania

LA LITERATURA LATINOAMERICANA NACE DE LA GEOGRAFÍA: el *Diario de navegación* de Colón presagia el sabor de toda la producción posterior. En el marco de este artículo no voy a detenerme en el pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre con su “espacio-tiempo histórico” o en el de A. Orrego con su “Pueblo-continente”, sino que me concentraré en los textos de valor artístico. Sin embargo, no son los despliegues de magníficos paisajes o la magnitud de la naturaleza lo que me interesa, por haber sido esos asuntos ya muy bien estudiados.

Además del paisajismo de corte romántico o modernista, además del geografismo nativista, determinismo geográfico naturalista o constancialidad del hombre y ambiente, propia de las mejores obras del siglo recién pasado, hay otra presencia de la geografía en el texto literario. Si acierto con el término exacto, hablaría de la geografía como base ideológica o existencial del texto.

Para empezar, se pueden aducir dos ejemplos muy conocidos y elocuentes. Es la famosa oposición peruana de Costa y Sierra expuesta por José Carlos Mariátegui la que condiciona las tensiones en la obra de José María Arguedas. A primera vista, dicha oposición se relaciona siempre en sus libros con conflictos culturales, lingüísticos o raciales, puesto que el mismo Arguedas confesaba su temor por la posible extinción de los valores culturales quechuas. Pero su novela póstuma *El zorro de arriba y el zorro de abajo* revela una concientización del arquetipo geográfico yacente en la subconciencia nacional peruana, porque la diferencia entre la Sierra y la Costa habría existido desde tiempos prehispánicos. Este problema lo menciona ya, de paso, en su primera novela *Yawar Fiesta*, al decir: “Después de seiscientos años, acaso de mil años, otra vez la gente de los Andes bajaba en multitud a la costa”.¹ Pero es en “Los Zorros”, donde el tema se explicita.

Los dos zorros mitológicos, retomados por Arguedas de un mito preincaico y representantes de las dos partes del Perú, nos dan a entender en sus conversaciones que la división en Costa y Sierra, división geográfica, militar, comercial, etnolingüística, que implicamigraciones,

¹ José María Arguedas, *Yawar fiesta*, Lima, 1980, p. 101.

retos, peligros, cambios etc., existe desde tiempos remotos: “Oye: yo he bajado siempre y tú has subido. Pero ahora es peor y mejor. Hay mundos de más arriba y de más abajo”.² Es en la geografía, que es eterna, donde Arguedas encuentra la explicación de los perennes problemas peruanos e intenta fortalecer sus esperanzas en decadencia.

Otro ejemplo nos lo brinda la filosofía de los “místicos de la tierra” bolivianos (Jaime Mendoza, Fernando Diez de Medina), inspirados a su turno en el gran Franz Tamayo, que influyó en toda la literatura desde los años cuarenta. Con la frase de *Nayjama* de Diez de Medina: “El hombre surge de la roca, la roca es hombre. Y tanto se transmutan piedra y ser que acaban como uno”,³ el telurismo deviene, diríamos, en geologismo. La presencia del macizo andino, elogiado por J. Mendoza, se percibe en la literatura desde la “novela minera” boliviana, libre, gracias a tal geologismo mitologizante, de los defectos propios de la literatura obrera en otros países, hasta la poesía intimista.

Pero el más grande descubrimiento geográfico había nacido del error, un error arquetípico que a veces repercute de manera inesperada en el geografismo ideológico de la literatura contemporánea.

En 1945 el filósofo peruano L. E. Valcárcel escribió un estudio culturoológico *La ruta cultural del Perú*, donde afirmaba que la conquista llevó a la reorientación geográfico-cultural de la población peruana hacia la Costa, o sea al oeste. Aunque los centros culturales del litoral también desempeñaban un papel importante en el Perú precolumbino, no obstante la mayoría de la población vivía en los valles de la Sierra y estaba orientada hacia el este, a la Montaña y la Selva, de donde provenían los principales cultivos agrícolas, venían flujos migratorios y donde vivían las tribus hostiles a los incas. Por lo cual en la subconciencia nacional peruana el *shock* de la conquista se agrava con una brusca reorientación espacial de la cultura, con una vuelta violenta de la fachada del *continuum* cultural.

Esa idea resonó en el año 1981 en la novela de César Calvo *Las tres mitades de Ino Moxo*, donde el destino histórico de Perú se aprecia desde el punto de vista de las tribus selváticas. Se acentúan sus antiguas relaciones con la Sierra quechuahablante, la necesidad del cambio de la orientación histórico-geográfica actual (al pie de la letra: “Nosotros volvemos Cuzco cara a selva”) y su obstinación ante el modelo cultural europeo.

² José María Arguedas, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, Buenos Aires, 1971, p. 62.

³ Fernando Diez de Medina, *Nayjama*, Madrid, 1974, p. 106.

Tal visión culturoológica se lleva a cabo por medio de mecanismos de la cultura popular, siendo el principal la inhalación de hierbas alucinógenas, lo que permite a los personajes no indios penetrar en el fondo de la historia peruana y concebir la esencia nacional del país. El símbolo principal del libro —las tres mitades de un río mítico— se percibe tanto como posibilidad de comprender lo extraordinario cuanto en función de “las tres mitades del Perú” —Costa, Sierra y Selva.

Otro ejemplo es el viraje rotundo, efectuado por Mario Vargas Llosa en su percepción de la Selva desde *La casa verde* (1968) hasta *El hablador* (1987). Mientras que en la primera novela la Selva es un espejo deformante de la desintegración, de la decadencia moral, de la prostitución, originados en la Costa, en la última novela la Selva se convierte en el último reducto de lo humano, amenazado por la falsa civilización. El protagonista, un intelectual costeño de origen judío, ya no busca la autenticidad peruana en el elemento serrano quechua, lo que generalmente es una posición muy natural y habitual entre los intelectuales autoctonizantes, sino que se traslada a la selva buscando un refugio contra los desgarramientos de la civilización y, al aprender una de las lenguas selváticas, cumple allí una función de máxima importancia, la del “hablador”, persona que mantiene enlaces entre los pequeños grupos de una tribu, dispersados a larga distancia. Es de sumo valor el sabor estoico del fracaso del humanismo y la opción existencial de un costeño por las tribus de la selva irremediamente perdidos. Parafraseemos: mejor morir en la Selva que vivir en la Costa.

La geografía boliviana actual es injusta también. Es la geología la que es justa. Pues, según Jaime Mendoza en su *Macizo andino* (1935), esta formación geológica con el correr del tiempo ha forjado la historia y la unión, desde las culturas de Tiahuanacu hasta las de Bolivia actual. El macizo andino determinó geológicamente la unidad territorial de Bolivia antes de la Guerra del Pacífico. El litoral pertenece a Bolivia tectónicamente. Las fuerzas de la naturaleza obrarán a favor de Bolivia, que volverá a su mar, lo que no será sino una reconstitución.

El mar es un tópico en la literatura boliviana. A este respecto no faltan añoranzas o referencias de carácter histórico-político en las obras de Arturo Von Vacano, Óscar Cerruto, E. Quintana, E. Ayllón Terán, G. Riveros Tejada, Eduardo Mitre. Pero mucho más significativa es la presencia del mar en la literatura que no es nada comprometida. ¡Qué geológicas suenan las palabras de Yolanda Bedregal, cuando la poetisa cae al mar “de geológica amenaza”! o las de Porfidio Díaz Machicao quien dice: “Altiplano, el mar del indio”. Y P. Castrillo, describiendo la

famosa diablada en Oruro, por algo necesitamencionar al viento litoral y al mar invisible.

En E. Camargo, el trágico poeta suicida, el mar adquiere un tenor infernal algo surrealista. Su mar, de la poesía homónima, abunda en léxico metálico:

El mar curva sus barrotes de hierro
sobre un pájaro muerto, los hierros gangrenosos,
escuderos de hierro enmohecido.
El mar combate en oficio corrosivo
arroja a la arena sus badajos sucios
cabelas tatuadas por los viejos
alquitrans del alba
pero en lo interno tiembla mujer arrodillada
y sueña ser el agua que hundió
allá en la infancia el barco de papel.

Su mar llega a ser símbolo de descomposición y pérdida. ¡La injusta geografía boliviana! Esto es el traumanacional. ¡Ojalá que sea curable!

En 1974 apareció una corta novela alegórica de G. Suárez intitulada *Mallko*. Su protagonista es un cóndor que quedó huérfano siendo pichón; después va creciendo, adquiere experiencia, encuentra una compañera. El autor acentúa constantemente un ansia de algo sin límite que tiene su personaje. Al final del texto aparece por primera vez la palabra “occidente”: nuestro cóndor vuela hacia el occidente, cae en manos de unos indígenas que lo necesitan para su yawar-fiesta, vence al toro, símbolo de España, y lo dejan libre al haberle rendido adoración como a una deidad. El cóndor sigue volando más al occidente y viene a hallarse encima del océano. Está aturdido y encantado por el elemento desenfrenado mas atrayente. El cóndor logró escaparse de la tormenta y “siguió volando, pero nunca supo si retomaba a su mundo o se alejaba, aun más en el empiro”.⁴ Entretanto en su nido va creciendo un pollo, que al igual que su padre se llama Mallko, en aymara “cóndor”.

Los ecuatorianos van más allá. Mientras que los peruanos y bolivianos sólo tienden a revisar la geografía vigente, los ecuatorianos llegan a rechazar el mismo nombre, muy geográfico, de su país. La misma situación geográfica de Ecuador parece convertirse en el punto flojo de la conciencia nacional. Tal vez fue el sociólogo Pío Jaramillo Alvarado el primero que puso en tela de juicio el nombre oficial del Estado, al

⁴ G. Suárez, *Mallko*, La Paz, 1974, p. 97.

afirmar en su libro *La nación quiteña* (1947) que con el nombre actual es un país “sin nombre”, eso equivale a llamarse “Amplitud” o “Meridiano”, es una denominación geodésica. A un país así nombrado lo confunden con el Congo Belga que también está situado en la línea equinoccial. El nombre verdadero del país debería ser, según este autor, la República Quito, que tiene sus raíces en la historia del antiguo reino homónimo, conquistado por los incas (pero no ahondaremos ahora en la cuestión).

Ese libro dio inicio a una paradójica negación del nombre de su país en la literatura ecuatoriana. El primer ejemplo con el que di es la poesía de Jorge Enrique Adoum, “Yo fui con tu nombre por la tierra” (1964), donde al poeta lo aflige el que nadie sepa de su país: “Nadie sabe en dónde queda mi país, lo buscan entristeciéndose de miopía”. Este tema figura incluso en las poesías íntimas como en *La muchacha de Tokio* (1973): “Me preguntó si mi país quedaba en África”. Y sueña sarcásticamente en un corto poema llamado “Geografía”, donde el autor dice del monumento erguido en la línea equinoccial:

Es un país irreal limitado por sí mismo,
partido por una línea imaginaria
y no obstante cavada en el cemento al pie de la pirámide.
Si no, cómo podría la extranjera retratarse
piernabierta sobre mi patria como sobre un espejo,
la línea justo bajo el sexo
y al reverso: “Greeting from la mitad del mundo”.

En la novela de Alfonso Barrera Valverde *Dos muertes en una vida* (1971), su protagonista también considera erróneo el nombre oficial del país: “Fue en esta temporada cuando defendió su teoría del nombre equivocado de la Patria. No debería llamarse Ecuador. Por qué no Quito, como la conocían los primeros habitantes, por qué no Tierra Verde, como la llamaron los primeros cronistas”.⁵

Muy mordaz es Iván Egúez, que en su novela *La Linares* (1976) pinta la vida de Ecuador en los años treinta-cuarenta, describiendo el destino de una bien pagada mujer de vida alegre. La novela tampoco queda sin mención del “país sentado en el ombligo del mundo y en el cual según los termómetros de la paciencia no pasa nada a más de la línea equinoccial”.⁶ En la narración nos encontramos también con el conocido episodio de una broma inventada en la radio, cuando el locu-

⁵ Alfonso Barrera Valverde, *Dos muertes en una vida*, Buenos Aires, 1971, pp. 79-80.

⁶ Iván Egúez, *La Linares*, La Habana, 1982, p. 43.

tor empezó a leer una adaptación criolla de la novela de H.G. Wells *La guerra de los mundos* sin aviso previo, haciendo que el texto sembrara pánico: “Parece que la posición geográfica de nuestro país en el globo terrestre ha determinado, junto a la débil preparación de nuestro ejército, el que hayamos sido escogidos por estos seres extraños como punto de aterrizaje”.⁷

Y una catástrofe de veras sucede en la novela de Nelson Estupiñán Bass *Bajo el cielo nublado* (1981). Es un cuadro de la decadencia social y moral de Ecuador entrado en la época industrial. El libro tiene un fuerte dejo simbólico-mitológico y está saturado de presentimientos lúgubres. En el prólogo a la primera parte aparece el Dios que “volvió a la Mitad del Mundo, al distrito que después equivocadamente dieron en llamar País del Ecuador”⁸ y previene del castigo eventual, que se realizaría en efecto en la segunda parte.

Del análisis de todo lo arriba expuesto podemos concluir que el intento de “corregir” la geografía del país se relaciona siempre con la noción del paralelo geográfico: la Sierra peruana, que es médula de la autenticidad, debe volver su rostro hacia la Selva, o hacer un movimiento por un paralelo hacia el oriente; Bolivia aspira a recuperar el litoral perdido, o sea expandirse hacia el occidente por un paralelo también. Ecuador, por último, en busca de su propio rostro debe rechazar su nombre “paralélico”.

La geografía oficial de esos países es errónea, como lo había sido el gran descubrimiento geográfico de Colón, quien realizó su salto desde las Islas Canarias hasta las Antillas moviéndose también por un paralelo. Tal vez ese geografismo, ese *geo-logos* de la literatura, se me permita designarlo así, sea resultado de la condición inicial del engendramiento de lo que hoy damos en llamar América Latina.

Así se manifiesta una constante de la subconciencia continental.

⁷ *Ibid*, p. 15

⁸ Nelson Estupiñán Bass, *Bajo el cielo nublado*, Quito, 1981, p. 63.